

Adelaida permaneció durante algunos días devorada por una fiebre ardiente; pero en un intervalo que tuvo despejado, mandó que llevasen á su hija, la pequeña Princesa Eruma, con su tutor Teofrasto, á la Borgoña.

—Allí, dijo á Gosvinta que no se había separado de su señora, allí estará al ménos segura de los golpes que pudieran asestarla los asesinos de su padre... ¡Parte con ella, Gosvinta! ¡No la pierdas un instante de vista, ni la dejes de tus brazos... y luego que se halle segura bajo la proteccion de aquel noble anciano, vuelve cerca de mí.

Gosvinta partió, en efecto, y aquella doloroso separacion agravó de muerte el estado de la Reina, que volvió á perder el conocimiento de sí misma, posesionándose de nuevo la fiebre de su cerebro, ya débil por tantos dolores y tantas emociones.

Entretanto, los que habian dado muerte á Lotario, no perdian tiempo; Berenguer, que tenia tropas preparadas, se declaró Rey desde el dia siguiente

del temprano fallecimiento de aquel Príncipe, y recorrió la Italia, llegando hasta Pavia; derramaba á manos llenas el oro, y ya con los beneficios, ya con las amenazas, fué ganando el país, y logró hacerse coronar en aquella ciudad por rey de Italia en union de su hijo Adalberto, con el que queria compartir el mando supremo.

Miéntras aquello sucedia, tres personas se hallaban sufriendo una terrible tortura moral, aunque por muy diferentes motivos.

Hugo recibió entónces un mensajero que le anunció el fallecimiento de su hijo, pues la muerte que se habia dado al médico asesino, por órden de la Reina, y algunos rumores que circulaban, bastaron para descubrir el fin desastroso de Lotario. Hugo, al saberlo, quedó inmóvil de sorpresa y de dolor; fué á exhalar su sentimiento en gritos y sollozos; pero no le fué posible. El exceso de su emocion habia roto uno de los vasos de su pecho y un mar de sangre brotó de la boca del desgraciado padre, que cayó postrado con aquella dolencia terrible sin fuerzas y sin voz.

Cuando pasó el primero y más inminente peligro, quedó reducido á una debilidad extrema; y el varon fuerte, el fogoso guerrero, aquel hombre de carácter duro y turbulento, quedó reducido á una existencia miserable, poblada de visiones, pues una idea fija le atormentaba: se decia que, si él no hu-

biese inducido á Lotario á solicitar la corona y no hubiera repudiado á Marozia, no habria sido asesinado por la ambicion y la venganza.

En tanto que el desgraciado padre arrastraba una existencia lánguida, que debia ser muy corta, Marozia, la esposa que en mal hora habia despreciado, rugía en su palacio sedienta de venganza.

Berenguer no le habia cumplido ninguna de sus promesas.

Sola y pobre permanecia en su casa en Roma, sostenida solamente por las mezquinas dádivas de su hijo Alberico, que gobernaba entónces el imperio y que despreciándola, se acordaba muy poco de ella.

En vano habia enviado al usurpador, mensajero tras mensajero.

Berenguer se hacia el sordo.

En vano le acusó como asesino de Lotario. La desgraciada Italia, abrumada de vejaciones y malos tratos, sólo ansiaba la paz, porque la guerra desgarraba su seno desde hacia muchos años.

La culpable no consiguió el premio de su crimen; una mañana ya muy tarde, advirtiendo sus servidores que no se oía ruido alguno, entraron en su cuarto y la hallaron cadáver sobre su lecho.

Habia asesinado por medio del veneno, y su cómplice la asesinaba á su vez para hacerla callar, pues su ambicion engañada la hacia prorrumpir en denuestos conta Berenguer.

Mientras éste se coronaba en Pavía y Marozia moría en Roma, Adelaida permanecía en Milan sumergida en una somnolencia parecida á la muerte; durante aquellos días de debilidad y dolor, su alma se desprendió de todo mundano pensamiento, y á pesar de su tierna edad, se dijo que todo en la tierra es miserable escoria y que sólo el cielo promete y dá bienes positivos: la soledad que la rodeaba, el recuerdo de su malogrado esposo, la ausencia de su hija, todo esto la sumergía en una multitud de pensamientos graves, y se dijo que sólo Dios era el supremo bien y que únicamente debía aspirar á las recompensas celestiales.

Una mañana en que se sentía muy abatida la Reina Catalina, porque durante la noche habia aumentado su fiebre abrió los ojos y vió á su lado á una hermosa mujer, que la miraba con aire compasivo.

—¿Quién sois, señora? preguntó la Reina sorprendida.

—Soy Villa, respondió la dama, hoy esposa de Berenguer y Reina de Italia.

—¿Dios mio! exclamó Adelaida echándose hácia atrás con terror.

—¡Pobre niña! exclamó Villa, que era insinuante y dulce; ¡estais tan engañada como todos! ¡Creeis á Berenguer el asesino de vuestro esposo!... ¡No, no ha sido él! ¡Marozia ha sido la que le ha dado la

muerte! ¡Pero ella ha pagado ya con la vida su crimen!

—¡Dios mio! ¡Qué decís! exclamó Adelaida. ¿La esposa de Hugo ha muerto?

—Sí; por el medio que ella empleó; ha muerto envenenada.

—Pero, si era culpable, ¿por qué se le ha dado esa muerte oscura? exclamó la reina viuda; ¿por qué no se la ha juzgado y sometido al fallo de un tribunal?

—¿No sabeis, hija mia, que esa mujer era la madre del Papa Juan XI y que bajo su proteccion vivia en Roma? ¿No sabeis que pertenece á una familia poderosa?

—¿Y eso qué importa? ¡Era culpable y nada podia hacer su familia contra la equidad y la justicia!

—¡Ah, pobre inocente! ¡Y cuánto os compadezco! exclamó la astuta Villa. ¡Vos no sabeis nada de las intrigas de los poderosos! Creedme, Berenguer ha obrado para con vos como el mejor de los padres.

—¡Ciñéndose la corona de mi esposo! observó amargamente Adelaida.

—Para que no se la ciñera un enemigo vuestro, ha castigado á Marozia por sí mismo, porque le bastaba saber el crimen para haceros justicia: y ya que el crimen se habia consumado, ya que vuestra desgracia era irremediable, se ha dicho:— yo protegeré á esa desgraciada niña.

—¿De qué modo? preguntó Adelaida con una triste curiosidad.

—Casándoos con nuestro hijo Adalberto, asociado á la corona; ¡sí, hija mia! Todo el afán de Berenguer, todo mi anhelo, es que no perdais vuestro rango; Reina sereis ahora como lo érais al lado de vuestro esposo.

—¡Jamás! exclamo Adelaida con vehemencia; ¡jamás me casaré con Adalberto, señora! ¡Ah, ahora conozco el lazo que se me ha tendido! ¡Quereis comprar con este casamiento mi venganza y mis derechos al trono! Rehuso vuestra proteccion y la mano de vuestro hijo, y me ocuparé, no lo dudeis, en recuperar la corona que vuestro esposo ciñe por medio de un asesinato, y que ha arrebatado á mi inocente hija.

—Calmaos, Adelaida, repuso la esposa de Berenguer con hipócrita dulzura; en nada se os hará violencia; si no quereis casaros con Adalberto, permaneceréis viuda, ó dareis vuestra mano al que sea de vuestro agrado; si no quereis dividir el trono con mi esposo y con mi hijo, nadie os molestará; queremos á toda costa probaros que somos vuestros amigos y no vuestros contrarios.

Adelaida no respondió; lloraba en silencio su desgracia, porque aquellas hipócritas frases no alcanzaban á convencerla. Villa la contempló durante algunos segundos con profundo rencor, y despues,

conociendo que no convenia á sus planes hostigarla más, salió silenciosamente del aposento.

Tres días despues, Adelaida fué sorprendida en su cuarto y en medio de la noche, cuando rezaba por el alma de Lotario y por la seguridad de su hija.

Dos hombres fornidos sujetaron el delicado cuerpo de la Reina.

Otro ató á su boca un lienzo, y de esta suerte la sacaron de su palacio.

Montó uno y la tomó en sus brazos colocándola sin dificultad sobre su caballo, pues iba desmayada,

Otro tomó sobre el suyo á Gosvinta, maniatada tambien, y salieron cautelosamente de la ciudad.

El más profundo silencio reinaba; al amanecer, llegaron al lago de Garda, á cuya orilla se elevaba un castillo fuerte y almenado que llevaba tambien este nombre; uno de los tres hombres, que habia seguido á caballo á los dos que conducian á las prisioneras, llamó muy bajo, y la puerta se abrió dejando caer al instante el puente levadizo para que pasasen.

La Reina seguia privada de sentido; otro hombre de aspecto feroz, alumbró con una linterna y subieron una escalera que conducia al ala izquierda del castillo, que caia sobre el lago.

Abrieron una estancia oscura y desmantelada y dejaron allí á la Reina y á la fiel Gosvinta, que participaba de todas las desgracias de su ama.

Antes de salir los sayones, desataron el pañuelo que habian atado á la boca de la Reina, que permanecia inmóvil y pálida como la muerte.

Gosvinta se arrancó á su vez el que tambien le habian puesto por mordaza y se acercó á su señora, á la que prestó todos los socorros posibles en su triste situacion.

Las dos infelices mujeres quedaron solas; una pequeña lámpara de hierro alumbraba la estancia. La Princesa Adelaida, hija, hermana y esposa de reyes, quedaba allí prisionera con la única compañía de una criada, y sin nadie á quien volver sus tristes ojos en la tierra más que á aquel sér tan infeliz como ella.

Cuando volvió en sí, se incorporó agobiada de espanto y de fatiga; pero el llanto, ese consolador de todos los dolores, no acudió á aliviarla; sus ojos secos y ardientes no tenian lágrimas; tantas y tan amargas eran las que en poco tiempo habian vertido!

## VI.

No bien rayó la luz del alba, Gosvinta, que era curiosa, se puso á recorrer la prision con el fin de ver si hallaba algun indicio de salvacion ó de alivio.

En un rincon encontró una puertecita disimulada en el tapíz, pero que no pudo escapar á lo minucioso de sus pesquisas, y la sacudió para ver si estaba abierta; pero vió que, aunque débilmente, estaba cerrada por dentro.

Sacudió con mayor fuerza y cedió por fin á causa de lo viejo y oxidado de la cerradura, pues aquel castillo, aunque magnífico, se encontraba inhabitado por ser un sitio de recreo, y por dejar poco espacio para el solaz del animo los disturbios y escándalos de la época azarosa en que tiene lugar nuestra historia.

La estancia á donde daba salida aquella puerta, era cómoda y estaba ricamente amueblada, si bien la inercia y el olvido la habian vestido de una espesa y compacta capa de polvo.

Ricos tapices de Milán cubrian las paredes y los

muebles; el pavimento, de mosaicos, era magnífico, y una preciosa lámpara de plata pendía del techo.

Gosvinta, gozosa, hizo notar á la Reina su descubrimiento; pero Adelaida movió tristemente la cabeza como diciendo que para ella era del todo igual la prision, ya fuese dorada, ya oscura y miserable.

—¡Sólo desearia la libertad! murmuró derramando lágrimas la desgraciada Princesa; pero no para volver á sentarme en el trono que tantas amarguras me ha proporcionado, sino para retirarme con mi hija á la soledad de una aldea, donde hiciese bien á los desgraciados y fuese amada de ellos como de una familia, que miraria como la mia. ¡Déjame, Gosvinta! Me quedaré aquí, porque tal vez mi resignacion desarmará á mis perseguidores.

En aquel momento se abrió la puerta de la prision y Berenguer, el asesino de Lotario, el usurpador de su trono, se presentó á la vista de la Reina, que le miró aterrada y trémula como el débil pajarillo mira á la serpiente de cascabel que se dispone á devorarle.

La ruda fisonomía del nuevo Rey de Italia era dura y feroz; ya la vejez habia cubierto su cabellera larga y rígida con la nieve de los años; sus ojos verdosos estaban hundidos y huraños; su larga barba, crespa y dura, caía sobre su vesta de cuero con incrustaciones de acero bruñido; unas sandalias con delgadas correas calzaban sus piés y subian en tren-

zados, sobre sus piernas desnudas, hasta debajo de la rodilla.

—Adelaida, dijo el tirano, vengo á decirte que es preciso que des la mano de esposa á mi hijo Adalberto.

—¡Soy la hija de Rodolfo II, rey de Borgoña! dijo la ilustre prisionera irguiéndose con la altivez de la desgracia ultrajada. ¡La viuda de Lotario, rey de Italia, la hermana de Conrado que heredó y ciñe la corona de mi padre! ¡No olvides esto, Berenguer, margrave de Ivrea!

La Reina, que se habia levantado llena de majestad, volvió á sentarse al pronunciar estas palabras.

—Eres mi prisionera, respondió Berenguer con amarga sonrisa, hoy no eres nada más.

—Te engañas, Berenguer, contestó la Reina; soy algo más que eso, soy la victima de tu ambicion; pero soy además otra cosa más terrible para tí; he nacido, soy y seré tu señora, porque jamás seré la esposa de tu hijo.

—¡Piensa bien lo que dices! murmuró Berenguer con sorda cólera.

—Lo he pensado ántes de hablar, pues esa es mi costumbre.

—¿Conoces á Adalberto? preguntó el usurpador procurando reprimir su cólera todo lo posible para ver si el convencimiento podia más con la Reina que las amenazas.

—¡No! respondió Adelaida.

—¿Sabes que es el mancebo más apuesto de Italia?

—¿Y qué me importa?

—¡Entra! dijo Berenguer aproximándose á la puerta; y una especie de coloso entró en la prision de la Reina.

Era muy jóven á juzgar por la frescura de su color y el aspecto de su ruda persona; un bosque de cabellos rojos caian sobre su frente estrecha y estúpida; dos ojos grandes y salientes se abrian bajo unas cejas de color de ceniza; todas sus formas eran atléticas; su edad no llegaba á los diez y ocho años, es decir, que contaba poco más ó ménos la misma que la Reina; pero á su lado, la esbelta y delicada Adelaida hubiera parecido un junco.

—¿Por qué venís á mi presencia, Príncipe? exclamó la Reina; ántes de veros os habia rehusado y ahora os rehuso de nuevo.

—El mal trato te hará ceder, dijo brutalmente Adalberto.

—No habrá poder humano que me obligue á llamarme tuya.

Un récio golpe que recibió en la cabeza cortó el aliento en los lábios de la Reina.

El brutal Berenguer, arrebatado de cólera, descargó su puño de hierro sobre aquella cabeza augusta que aún ceñia la corona de Italia.

Gosvinta, que durante la escena precedente habia

permanecido en un rincón yerta y muda de terror, corrió por un impulso irresistible hácia su ama, pero la mano de hierro de Adalberto la detuvo ántes de llegar.

—¡Bárbaros sayones! gritó la anciana sirvienta; ¡verdugos más que Príncipes! ¡Poco estará esta desgraciada jóven bajo vuestro poder! ¡Yo tomaré el báculo de peregrina é iré de córte en córte pidiendo socorros para ella!

Su apóstrofe se detuvo aquí; Gosvinta vió á Berenguer rodear las largas trenzas rubias de la Reina á su nervudo brazo; á su hijo abrir de un vigoroso puntapié otra puerta que ella no habia visto y que llevaba á otra estancia más húmeda y más reducida; y por último, á Berenguer que entraba allí arrastrando por los cabellos á Adelaida, quien, desmayada por la violencia del golpe recibido, no dejaba escapar un sólo gemido de sus descoloridos lábios. (1)

Gosvinta, yerta de terror, enmudeció, y en medio del silencio sepulcral que difundian en aquel triste recinto su angustia y el desmayo de su queri-

(1) Hé aquí lo que dice el presbítero señor Mazariegos en su arreglo del *Año cristiano* al referir la vida de Santa Adelaida:—«Este príncipe (Berenguer) puso á Adelaida en una prision donde padeció las mayores injusticias y penalidades.»

Por su parte el señor Canseco en su *Diccionario de mujeres célebres* escribe estas palabras:— Dicese que á veces la cojia de los cabellos (Berenguer) y la arrastraba de una habitacion á otra; que se complacia en atormentarla y darla golpes por espacio de horas enteras.

da señora, oyó la ruda voz de Berenguer que decia, hablando con su víctima.

—¡Aquí permanecerás, aborrecida criatura, hasta que consentas en ser la esposa de Adalberto!

Despues de pronunciar estas palabras, hirió aún de nuevo con su ruda planta aquel cuerpo diáfano y perfecto, y salió del calabozo cerrando con doble llave; él y su hijo pasaron por delante de la desolada Gosvinta y dejaron asimismo la estancia en que ésta se hallaba, muda y temblando como una azogada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO  
VII.

La desaparicion de la Reina Adelaida del palacio de Milán no podia estar oculta ó pasar inadvertida durante mucho tiempo.

El pueblo la adoraba y los grandes de la córte le profesaban tambien una adhesion sin límites.

Además, ya se sabia que el rey Lotario, tan bueno, tan benigno, habia sido envenenado por Berenguer, que se habia ceñido la corona usurpada.

¿Pero dónde se hallaba el nuevo Rey que no iba á Milán? ¿Dónde se hallaba la esposa viuda que habia desaparecido de Milán?

Hechas estas preguntas y conociendo á la Reina y al Margrave, fácil fué sacar la consecuencia.

La Dieta de Milán dió principio á las indagaciones, y se supo que Berenguer, su esposa Villa, y Adalberto su hijo, se hallaban en el castillo de Garda.

De Adelaida nada se sabia, pero la Dieta resolvió pedir cuentas de su augusta persona al mismo Berenguer y á su execrable familia.